

tago. 31. Proclamacion de Decio Emperador. 32. El Papa San Fabian envia misioneros á las Galias. 33. San Paulo y San Austremonio. 34. San Marcial y San Gaciano. 35. San Dionisio de Paris y sus compañeros. 36. San Saturnino y San Ursino. 37. La fe progresa en las Galias. Iglesias de la Germania y de la Bélgica. 38. Martirio del Papa San Fabian; queda la Santa Sede vacante. 39. Relajacion introducida entre los fieles. 40. Rigor de la persecucion de Decio. 41. San Polieucto y otros Mártires. 42. Martirio de San Pionio. 43. Muchedumbre de Mártires en Asia. 44. Santa Dionisia, San Cristóval y los siete hermanos durmientes. 45. Santa Agueda y Santa Victoria. 46. Mártires de Alejandria y de Cartago. 47. Célebre confesion de Acacio y de Numidico. 48. San Dionisio de Alejandria preso y puesto en libertad. 49. Retiro de San Cipriano. 50. Su celo y sus cartas desde su retiro. 51. Persecucion contra San Gregorio el Taumaturgo. 52. San Pablo primer ermitaño. 53. Apóstatas y Libeláticos. 54. Desórdenes de algunos Confesores. 55. Penitencias canónicas. 56. Indiscretas indulgencias de algunos Confesores. 57. El Clero de Roma aprueba la conducta observada por San Cipriano en este punto. 58. Cartas de San Cipriano á los Confesores. 59. Su carta á Antoniano. 60. Cisma de Felicisimo y de Novato.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO CUARTO.

Desde el fin de la quinta persecucion, hasta el cisma de los Novacianos, en el año 257.

1. **I**nteresaban á la gloria de la verdadera Religion las persecuciones, y las sangrientas guerras eran necesarias para su mayor esplendor: pero al mismo tiempo debia tambien gozar ciertos intervalos de paz y de tranquilidad para cultivar las plantas y recoger los frutos de esta tierra regada con la sangre que la hacia tan fecunda. Concedió el Señor á su Iglesia estas alternativas, de un modo tanto mas maravilloso, quanto lo es el que no pocas veces recobrase su tranquilidad por medio de unos Príncipes que parecian nacidos solo para hacer infelices á sus demás vasallos. Jamás persiguió á los Cristianos el Emperador Caracala, á pesar de su perversidad: antes bien los trató con mucha suavidad bajo su dominacion, por manera que estos hicieron prosélitos distinguidos en el imperio, y llevaron la fe á las naciones remotas. Gozaba entonces de mucha fama un Jurisconsulto Ro-

mano, llamado Minucio Felix, y profesaba amistad á un cierto Octavio, Cristiano como él, y aun antes que él; porque habian sido Paganos uno y otro y compañeros y mútuos confidentes en los pasatiempos y extravíos de la juventud. Octavio regresó á Roma despues de algun tiempo de ausencia, y sorprendió agradablemente á Felix que no le aguardaba. Brillaba entonces la estacion en que los empleados de los tribunales acostumbraban á salir al campo para solazarse de sus fatigas ordinarias, y Minucio Felix llevó en su compañía á Ostia á su amigo Octavio, junto con otro llamado Cecilio que seguia aun en el paganismo. Como los tres se paseasen por la playa, Cecilio vió un ídolo de Serapis y llegó inmediatamente su mano á la boca en señal de respeto y de adoracion. „¿Es posible, exclamó entonces Octavio, dirigiendo la palabra á Felix, que un hombre instruido y tan amigo vuestro como lo es Cecilio, viva en tal ceguedad?“ Eludieron la conversacion, y siguieron su paseo hablando de cosas indiferentes, y riéndose al mirar á unos niños que divertian el tiempo arrojando piedras á la superficie del agua. Desde aquel instante se puso Cecilio á reflexionar, y mostró una estremada seriedad. Preguntóle Felix la causa, y le obligó á confesar que en verdad le habian incomodado las razones de Octavio. Acordaron entonces agitar en debida forma la controversia sobre la Religion; se sentaron en la arena y colocaron á Felix en el medio, como árbitro para que juzgase las razones de ambas partes. Habló primero Cecilio, impugnó la Religion

con las acostumbradas preocupaciones, y señaló á los Cristianos con la insultante denominacion de secta nueva y grosera, obra de la ignorancia, é invencion despreciable de las gentes mas bajas. Dejole hablar Octavio sin interrumpirle, como á hombre que confiaba enteramente en la justicia de su causa, y que al mismo tiempo no queria presentar el menor obstáculo á la persuasion. Tomó despues la palabra, refutó las calumnias é imputaciones, y con tanta dulzura como vigor esplicó claramente las máximas evangélicas; apoyó todos sus asertos con las mas sólidas pruebas, con egemplos y autoridades, y usó contra los Paganos de las propias armas de que se valian sus mismos filósofos.

Aplaudia interiormente Minucio, que habia de sentenciar entre los dos, el discurso de Octavio, y reflexionaba el medio de que produjese toda la utilidad posible en Cecilio; pero la impresion de la gracia se anticipó á todos sus esfuerzos. „Basta, exclamó súbitamente Cecilio, ya no necesitamos de árbitro: ambos somos vencedores: Octavio triunfa de mí, y yo del espíritu de la mentira; yo soy Cristiano, sí, ya soy sinceramente Cristiano.“ La perseverancia coronó un tan generoso proceder, y Cecilio fue en adelante un constante y celoso Cristiano, que hizo á la fe los mas importantes servicios y á él debió la Iglesia la conversion de San Cipriano.

2. Tuvo por aquel mismo tiempo Cayo, sacerdote de la Iglesia Romana, una conferencia pública con Proclo, célebre Montanista, cuya fama habia contri-

buido mucho á seducir á Tertuliano : Cayó propuso varias pruebas invencibles contra los Montanistas ; y si no llegó á convertirlos por ciertas disputas que muchas veces indisponen en lugar de convencer, logró arrancar la máscara con que se cubrian, y puso de manifiesto el crimen de su tenacidad ; de modo que despues de esta humillacion, se decidió el Papa Ceferino á escómulgarlos, y en todas partes se les trató como hereges declarados. Murió poco despues este Pontífice, en el año 118 de Jesucristo : ocupó la Santa Sede diez y siete años, y tuvo por sucesor á Calisto, que la gobernó cinco.

3. Floreció durante este Pontificado Julio Africano, Cristiano de los mas doctos de su siglo, oriundo de Libia, segun Suidas, y natural de Nicópolis en Palestina, esto es, de la antigua Emaús, de la que edificaron los Romanos, despues de la ruina de Jerusalem, una ciudad, aunque antes era una simple aldea, y le dieron un nuevo nombre en memoria de las victorias que consiguieron sobre los Judíos. Escribió una obra cronológica en cinco libros, para probar contra los Paganos la antigüedad de la verdadera Religion; y este es el primer autor de cronología que se cuenta entre los Cristianos: mas esta obra célebre no ha llegado hasta nosotros á lo menos con el nombre de su autor. Publicó Escaligero una cronología de Eusebio, mas estensa que la comun, y la dió á luz como primera parte de la obra de Eusebio sobre los tiempos, de la cual es la segunda la que nosotros llamamos la crónica: y añade que todo cuan-

to hay de bueno tanto en la crónica, como en la cronología de Eusebio, es de este autor antiguo. Envió Julio además una carta al Cristiano Arístides, para conciliar las aparentes variaciones de las dos genealogías de Jesucristo, segun San Mateo y segun San Lucas, y dispó de todo punto en ella, segun opinion de Eusebio, todas las dificultades que pudieran ofrecerse. No dejaba con todo de encontrar otras en algunas partes de los libros santos, segun da á entender el caso siguiente. Habiendo en una conferencia citado Orígenes, á quien Julio respetaba en extremo, la historia de Susana, con la que acaba el libro de Daniel, Julio Africano disimuló prudentemente durante toda la sesion; pero escribió despues á Orígenes, manifestándole su opinion con todas sus pruebas, de las cuales era la principal que este rasgo de edificacion no se hallaba en los egemplares judíos. Respondió á esto Orígenes, que tales omisiones no se observaban solamente en el hecho de Susana, sino tambien en otros muchos, bien sea en el libro de Daniel, ó bien en lo restante del antiguo testamento; más que se leían en los egemplares griegos de todas las Iglesias de Jesucristo, y que los Judíos los habian suprimido para sepultar en el olvido los hechos que les causaban mas rubor; tales como la infamia de los viejos, jueces de Israel y calumniadores de una casta muger á quien no habian podido seducir; y la muerte de muchos profetas que indignamente habian proscrito. Dice despues que la diferencia de nuestros egemplares con los de los Judíos nace de que nosotros

los tomamos de originales mas completos y anteriores á varias copias adulteradas después. Merecieron grandes elogios á los doctores antiguos los escritos de Julio Africano; y en particular San Gerónimo dice que están llenos de la erudicion del siglo, de las riquezas de la filosofía y de la ciencia divina de las Escrituras.

4. El Emperador Caracala finó sus dias y su imperio con una muerte violenta en 8 de Abril del año 217 cuando los fieles habian tomado ya aliento libres de las persecuciones. Macrino, uno de los prefectos del Pretorio, columbró que el Emperador, hombre cruel y estravagante, meditaba algun plan contra su persona, y acordó anticiparse á sus designios haciendo que le asesinase un Centurion en un bosque donde se apeó para satisfacer una necesidad de la naturaleza. Consiguió que le proclamasen Emperador despues de dos dias de sedicion y hablillas el autor de este atentado, mas no tardó en abandonarse á los deleytès, á la embriaguez y á la ociosidad que es consiguiente. Permaneció en Antioquia en vez de ir á Roma encenagado en las delicias asiáticas, que le ocasionaron el desprecio de las tropas; y en general le odiaron por una severidad intempestiva, que no sabia moderar. Juzgó haber hallado oportunidad para vengar la muerte de su sobrino Caracala y mas aun para tomar venganza y encumbrarse ella misma, una muger intrigante y de un talento mas que regular llamada Mesa, hermana de la última Emperatriz. Habíala Macrino desterrado á Émeso, porque la temia, lugar de su nacimiento, adonde ella habia lle-

vado á uno de sus nietos, Príncipe de solos catorce años, pero de una estatura superior á su edad y de una figura que nadie podia mirarla sin quedar prendado, é interesarse en su favor. Nombráronle desde luego los habitantes de Émeso Pontífice de un templo que habian dedicado al sol bajo el nombre de Elagábalo, esto es, dios de las montañas; de donde vino á este jóven Príncipe, llamado hasta entonces Baciano, el nombre de Heliogábalo. Dierónle, no sin misterio un vestido de púrpura bordado de oro, con una corona sembrada de pedrería. Todo lo disimulaba su calidad de Pontífice; y él egercia sus funciones con tanta gracia, principalmente danzando al son de los instrumentos en los sacrificios, que corrian en tropas las gentes de los pueblos vecinos á admirar su destreza; acudiendo tambien los soldados en gran número desde el campo que estaba cerca de la ciudad.

5. Esparció su abuela con industria la voz de que era hijo de Caracala, y nada le quedó que hacer para inspirar al egército, ya disgustado de Macrino, el deseo de verle reemplazado por un señor tan amable como el jóven Pontífice. Poniéndose por último de acuerdo con los principales oficiales salió de la ciudad al anochece, y se dirigió al campamento acompañado de toda su familia. Habia puesto la astuta Princesa á Heliogábalo un vestido que llevaba de costumbre Caracala y que todos conocian. Todas las tropas recibieron con aclamaciones á Heliogábalo y le proclamaron Emperador al punto. Hizo Mesa inmensas dádivas con los tesoros que habia reunido en

los reynados anteriores; y las guarniciones de todas las ciudades circunvecinas se presentaron para merecer alguna de ellas. Así el ejército de Émeso se halló con una fuerza extraordinaria, y en estado de combatir con el mejor éxito en favor de su nuevo señor, si la necesidad lo exigía. Mas los otros ejércitos en vez de oponerse abandonaron el partido de Macrino, á quien prendieron y asesinaron despues de haber reinado catorce meses. El nuevo Emperador manifestó á corto tiempo que hubiera sido mas á propósito para sacerdote de una religion voluptuosa, que para Señor de Roma. Hizose en pocos años todavía mas despreciable que su antecesor, ya por infamias mas vergonzosas, ya por estravagancias mas repetidas. Por su orden trasladaron á la capital del Imperio el dios del templo de Émeso, que no era otra cosa que una gran piedra negra, caída del cielo segun él; é intentó subordinar todos los demás cultos á esta informe y ridícula divinidad. Mandó con este objeto traer la gran diosa de Cartago, llamada Celeste, y la colocó en un lugar subalterno en el templo que dedicó sobre el monte Palatino, al negro guijarro de Siria. Pretendia del mismo modo colocar á Cibeles, reputada por madre de los dioses, al fuego de Vesta y al Paladion; reunir por medio de una monstruosa alianza el culto de los Cristianos con el de los Judíos, y ya se abstenia de la carne de puerco, despues de haber sufrido la circuncision. Sin embargo á pesar de estas pequeñeces de espíritu y de el atractivo de su persona, levantó

muý pronto su cabeza la crueldad que la era natural.

6. Llegó á temerle hasta la misma Mesa, y para tener un auxilio en caso necesario, formó el proyecto de hacer que adoptase á Alexiano, hijo de su hija Maméa, y primo hermano del vicioso Heliogábalo. Aprovechó un momento favorable y salió con su empresa. Trocó el nombre de Alexiano en el de Alejandro, y le creó César del Imperio. Mas siguióse muy pronto el arrepentimiento; Alejandro estaba dotado de rectas inclinaciones que le atraían las voluntades de todos, y que encendieron luego á luego los celos de un rival falto de mérito. Hizo mil tentativas Heliogábalo para deshacerse de él, y todas le salieron mal: por último mandó abiertamente á algunos soldados que quitasen la vida á Alejandro al año siguiente en que le habia creado César, pero los soldados volvieron las armas contra el mismo Heliogábalo, matáronle y arrojaron su cuerpo en el Tíber, habiendo sido su reinado de tres años y nueve meses. Recibió en el mismo dia el César amado de todos en calidad de Emperador los homenages del Senado, de las tropas y del pueblo. Entonces tenia solós catorce años de edad, y vivió trece sobre el trono, sin que decayese jamás de la buena opinion que se habia adquirido desde su primera juventud.

Principiaban ya las costumbres de los Cristianos á modificar las de los Gentiles que comerciaban con ellos. Protegíalos abiertamente Maméa, madre del Emperador, que habia inspirado iguales sentimientos á su hijo, con tanta mayor facilidad, quanto al for-

mar su excelente índole habia utilizado el método y las máximas del cristianismo. Estaba el Príncipe especialmente imbuido en aquella regla evangélica, que prohíbe hagamos á otro lo que no quisiéramos se hiciese con nosotros. Ordenó que se grabase en todos los lugares de las asambleas, y en su mismo palacio, y cuando se veía obligado á castigar, mandaba antes que un pregonero anunciase al público el dolor de que estaba penetrado al ejecutarlo. Tenia un particular cuidado en la eleccion de los Gobernadores de las Provincias, como en la de todas las demás personas á quienes debia confiar los principales empleos; teniendo por objeto el imitar la eleccion que hacia la Iglesia de sus Pastores. Era finalmente un Príncipe bien nacido y naturalmente inclinado á manifestar por medio de religiosos homenajes que reconocia el poder de la Divinidad; mas no tuvo la dicha de poseer el verdadero conocimiento de la Religion, y distinguirla de las vanas observancias de la astrología y de los agüeros. Edificó un templo doméstico en el que se veían colocadas las estatuas de los buenos Emperadores y de los personages mas celebrados por sus virtudes: pero interpoló á Abraham y á Jesucristo con Orfeo y Apolonio de Tiana; y todos los dias poco despues de levantarse, les tributaba á todos sin distincion honores divinos.

7. Mas ilustrada fue la Religion de la Princesa Maméa: afirman que se habia hecho Cristiana despues de haber tenido noticia por boca de Orígenes de las maravillosas obras del Salvador y de las máxi-

mas de su Evangelio (1). Es cierto por lo ménos que desde Antioquia, en donde residia la corte, envió algunas guardias á Alejandría para que le trajesen á Orígenes; y que nunca dispensó tanto favor á la verdadera Religion el gobierno Romano como en tiempo de esta Princesa.

8. Gozaba á la sazón Orígenes del más alto grado de reputacion, no habia ciencia ni virtud en que no se distinguiese, y parecia que la providencia habia querido reunir en un solo doctor los ausilios multiplicados que ordinariamente concede á la Iglesia por medio de muchos Ministros distintos. Podian apenas contarse los Prelados formados por este hombre eminente, y colocados sobre las Sillas principales, ó en los empleos mas importantes. Habian sido martirizados muchos de sus discípulos en la persecucion de Severo; y otros varios lo fueron en lo sucesivo. Orígenes jamás se creía mas obligado á egercer las funciones de un maestro Cristiano, ni nunca las desempeñaba con mayor anhelo que cuando yacían presos sus discípulos en las cárceles. Visitábalos entonces, los acompañaba al interrogatorio, y hasta el mismo sitio del suplicio los animaba con señales y demostraciones, y cuando era necesario con los mas enérgicos discursos. Estuvo á punto no pocas veces de ser apedreado y muerto á golpes, y no se libró de tan grandes peligros sino de un modo milagroso. Algunos soldados fueron destinados para que le quitasen la vida en su propia casa, y estuvo largo tiempo re-

(1) Euseb. lib. 4. hist. cap. 21.

ducido á no tener fijo domicilio. La ciudad de Alejandría vino á ser pequeña para ofrecerle lugares donde esconderse; se vió en la necesidad de andar errante por las provincias: y en todas partes convirtió su fuga en mision, sin suspender jamás su ministerio sino por obediencia, y esto por el tiempo necesario. Del mismo modo le prendieron diferentes veces y algunas le aplicaron á los tormentos.

Los paganos le condujeron cierto dia á la fuerza al templo de Serapis, y lo pusieron á la puerta, dándole una porcion de ramos para que los distribuyese entre los que venian á adorar al ídolo. Repartiólos Orígenes en efecto, pero decia á todos con una voz muy clara é inteligible: *recibid estas palmas, no como las de vuestro ídolo, sino como las de Jesucristo.* Cargáronle de cadenas en Cesaréa de Palestina, y le sepultaron en los calabozos por defender la fe: tuvo que arrostrar los rigores de la hambre, de la sed y de la desnudéz, sin que la violencia ni la duracion de todos estos tormentos aminorasen ni un átomo su valerosa constancia. Habíale endurecido y como familiarizado con los trabajos, el uso continuo de una vida austérra y penitente; ayunaba casi siempre, y los dias que no lo hacia solo gastaba para su alimento como unos doce cuartos, ó poco mas de un real. Velaba casi toda la noche orando y meditando la Sagrada Escritura; y en el corto espacio de descanso, que por necesidad concedia á su cuerpo, no tenia otra cama que el duro suelo.

Rayó tan alto su amor á la castidad que no satis-

fecho con evitar las caidas contrarias á esta virtud, pugnó por librarse hasta de las mismas tentaciones. Brillaba todavía su juventud, y por su estado se veía muchas veces en la necesidad de tratar con personas de otro sexo: arrebatóle su fervor; y con la poca esperiencia, propia de su edad, tomó á la letra lo que el Evangelio dice de los Eunucos que se hicieron tales para alcanzar el reino de los cielos; y con sus propias manos realizó aquel mal entendido consejo. No obstante el cuidado con que procuró guardar el secreto, la accion llegó á noticia de su Obispo Demetrio, que se la afeó, aunque por entonces juzgó aquella sencillez digna de indulgencia, y no divulgó el hecho hasta mucho tiempo despues, cuando Teoctisto de Cesaréa y Alejandro de Jerusalem ordenaron de Sacerdote en Palestina á Orígenes, de edad de cuarenta y cinco años. Se habia ya resentido el Obispo de Alejandría de que los de Palestina le hubiesen hecho predicar en su provincia siendo lego; poco á poco se fue indisponiendo con él, delató en un Concilio varios pasages erróneos de sus obras, le depuso por sentencia, le escomulgó, y obligóle á que abandonase su morada de Alejandría.

Orígenes hasta entonces habia mantenido su escuela con una celebridad á que jamás habia llegado antes de él. Su ingenio y sus conocimientos eran universales, enseñaba las bellas letras y la filosofía tan bien como las divinas Escrituras; y atraía á sí un gran número de infieles con el cebo de las bellas artes, para disponerlos ó hacerlos menos contrarios al